

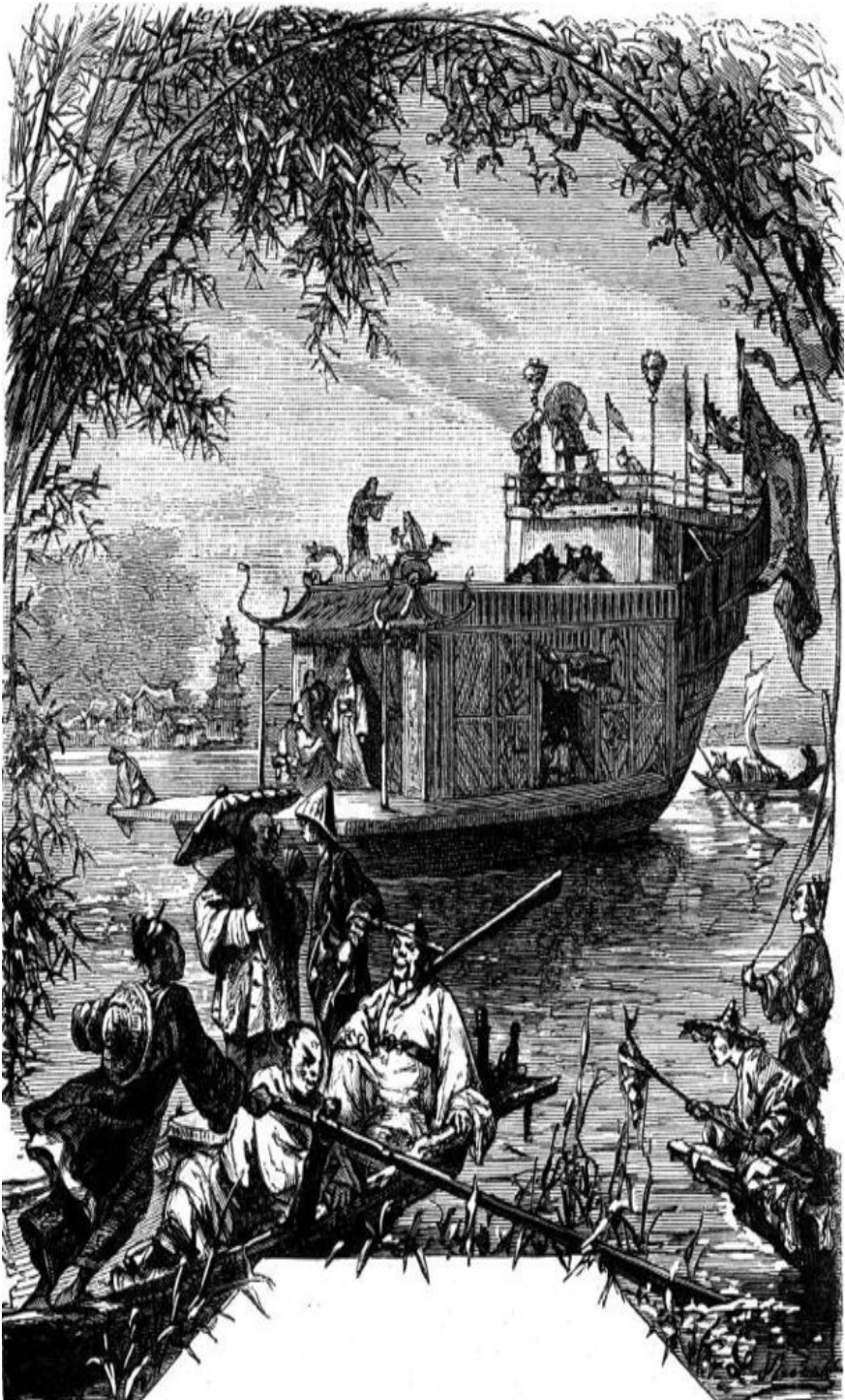


JULIO VERNE

Las tribulaciones
de un chino
en China

EDICIÓN ESPECIAL CENTENARIO

Kin-Fo vive en Shanghai y es acusado por su buen amigo Wang de no haber tenido disgustos en su vida, como para llegar a apreciar lo que es la verdadera felicidad. Cuando Kin-Fo recibe la noticia de que su fortuna está perdida, dispone la apertura de una póliza para asegurar su vida, la cual sería cobrada si él muriera, aun en caso de suicidio. Kin-Fo planea su propia muerte, que no puede llevar a feliz término, por tanto contrata a su amigo Wang para hacerlo. El amigo desaparece y Kin-Fo comienza a sentirse más disgustado, sobre todo cuando le informan que su fortuna puede ser salvada. Entonces comienza a viajar por toda China, esperando evitar ser asesinado antes de que el contrato expire.





I

Donde se van conociendo poco a poco la fisonomía y la patria de los personajes

— Sin embargo, es justo aceptar que la vida tiene cosas buenas —dijo uno de los invitados que tenía los codos sobre los brazos de su asiento de respaldo de mármol y estaba chupando una raíz de nenúfar con azúcar.

—Y malas también, respondía, entre dos accesos de tos, otro que había estado a punto de ahogarse con una espina de aleta de tiburón.

—Seamos filósofos, dijo entonces un personaje de más edad cuya nariz sostenía un enorme par de anteojos de grandes cristales, montados sobre armadura de madera. Hoy corre el riesgo de ahogarse y mañana todo pasa como pasan los sorbos de este suave néctar.

—Ésta es la vida, ni más ni menos. Esto diciendo aquel epicúreo de genio acomodaticio, se bebió una copa de excelente vino tibio, cuyo ligero vapor se escapaba lentamente de una tetera metálica.

—A mí, dijo otro convidado, la existencia me parece muy aceptable cuando no se hace nada y se tienen los medios de estar ocioso.

—¡Error! Repuso el quinto comensal. La felicidad consiste en el estudio y en el trabajo. Adquirir la mayor suma posible de conocimientos es buscar la dicha...

—Y llegar a saber que en resumidas cuentas no se sabe nada.

—¿No es ése el principio de la sabiduría?

—¿Y cuál es el fin?

—La sabiduría no tiene fin, respondió filosóficamente el de los anteojos. La satisfacción suprema sería tener sentido común. Entonces el primero de los comensales se dirigió al anfitrión que ocupaba la cabecera de la mesa, es decir, el sitio más malo, como lo exigen las leyes de la cortesía. El anfitrión, indiferente y distraído, escuchaba, sin decir nada aquella disertación *ínter pocula*.

—Veamos, ¿qué piensa nuestro huésped de esas divagaciones entre copa y copa? ¿Encuentra la existencia buena o mala? ¿Está en favor o en contra de ella? El anfitrión estaba comiendo negligentemente pepitas de sandía y se contentó, por toda respuesta, con adelantar desdeñosamente los labios, como hombre quien no interesa la conversación.

—¡Pse! Dijo.

Ésta es la exclamación, por excelencia, de los indiferentes. Dice todo, y no dice nada; es propia de todas las lenguas, y debe figurar en todos los diccionarios del globo; es un gesto articulado. Los cinco convidados a quien daba de comer aquel aburrido personaje le estrecharon entonces con sus argumentos, cada uno en favor de su tesis. Querían, de todos modos, saber su opinión. Al principio, se negó a responder; pero, al fin, concluyó por decir que la vida ni era buena, ni era mala. A su entender, era una invención bastante insignificante y, en suma, poco agradable.

—Esa opinión pinta a nuestro amigo.

—¿Y cómo puede usted hablar así, cuando ni una hoja de rosa ha turbado jamás su descanso?

—¡Y cuando es joven!

—¡Y cuando, además, tiene buena salud!

—¡Y cuando, sobre todo, es rico!

—¡Muy rico!

—¡Riquísimo!

—¡Demasiado rico, tal vez!

Estas interpelaciones se cruzaron como petardos de un fuego artificial, sin producir siquiera una sonrisa en la impasible fisonomía del anfitrión. Se había contentado con encogerse ligeramente de hombros, como hombre que, ni por una hora siquiera, había querido nunca hojear el libro de su propia vida y que no había abierto ni las primeras páginas.

Sin embargo, aquel indiferente tenía, todo o más, treinta y un años, salud robustísima, gran caudal y un talento regularmente cultivado. Su inteligencia era más que mediana; tenía, en fin, todo lo que falta a tantos otros para ser uno de los felices de este mundo. ¿Por qué no lo era? ¿Por qué? La voz grave del filósofo se levantó entonces y, hablando como un corifeo del coro antiguo, dijo:

—Amigo, si no eres feliz en este mundo, es porque, hasta aquí, tu felicidad ha sido negativa. Sucede con la felicidad lo que con la salud; para gozar bien de ella, es preciso haber sentido su falta alguna vez. Ahora bien, tú no has estado nunca enfermo, ni has sido tampoco desdichado. Eso es lo que falta a tu vida. ¿Cómo puede apreciar la dicha quien no ha conocido la desgracia ni siquiera por un solo instante?

Hecha esta sabia observación, el filósofo alzando la copa llena de *champagne* de la mejor marca exclamó:

—Bebo a que se presente alguna mancha en el sol de nuestro huésped y tenga algunos dolores en su vida.

Después de lo cual, vació la copa de un trago.

El anfitrión hizo un ademán de sentimiento y volvió a caer en su apatía habitual.

¿Dónde ocurría esta conversación? ¿Era en un comedor europeo en París, en Londres, en Viena, o en San Pe-

tersburgo? ¿Los seis convidados conversaban en el salón de una fonda del antiguo o del nuevo mundo? ¿Quiénes eran aquellos hombres que trataban semejantes cuestiones en una comida, sin haber bebido más de lo que era de razón? En todo caso, no eran franceses, pues que no hablaban de política. Los seis convidados estaban sentados la mesa en un salón de regular, extensión, lujosamente adornado. A través de los cristales azules o anaranjados de la habitación pasaban, a aquella hora, los últimos rayos del sol. Exteriormente, la brisa de la tarde movía guirnaldas de flores, naturales o artificiales y algunos farolillos multicolores mezclaban sus resplandores pálidos con la luz moribunda del día. Sobre las ventanas, se veían arabescos con diversas esculturas, representando bellezas celestes y terrestres, animales o vegetales de una fauna y de una flora fantásticas.

En las paredes del salón, cubiertas de tapices de seda, resplandecían grandes espejos, y, en el techo, una punka agitaba sus alas de percal pintado, haciendo soportable la temperatura.

La mesa era un gran cuadrilátero de laca negra. No tenía mantel, y su superficie reflejaba la vajilla de plata y porcelana, como hubiera podido hacerlo una mesa del más puro cristal.

No había servilletas. Hacían el oficio de tales, cuartillas de papel adornadas de divisas, de las cuales cada convidado tenía cerca de sí una cantidad suficiente. Alrededor de la mesa había sillas con respaldo de mármol, muy preferibles, en aquella latitud, a los respaldos almohadillados del mueblaje moderno. Servían a la mesa muchachas muy amables, cuyos cabellos negros estaban adornados de azucenas y crisantemos y llevaban brazaletes de oro o de azabache en los brazos. Risueñas y alegres, ponían o quitaban los platos con una mano, mientras que, con la otra, agitaban graciosamente un gran abanico que reanimaba las corrientes de aire movidas por la punka del techo.

La comida no había dejado nada que desear. No podía imaginarse cosa más delicada que aquella cocina, a la vez aseada y científica. El cocinero a la moda, sabiendo que daba a comer a estómagos conocedores, se había excedido a sí mismo en la confección de los ciento cincuenta platos que se componía el menú de la comida.

Al principio, como para entrar en materia, figuraban tortitas azucaradas de caviar, langostas fritas, frutas secas y ostras de *Ning-po*. Después, se sucedieron, en cortos intervalos, huevos escalfados de ánade, de paloma y de ave-fría, nidos de golondrina con huevos revueltos, fritos de *Ging-seng*, agallas de sollo en compota, nervios de ballena con salsa de azúcar, renacuajos de agua dulce, huevas de cangrejo guisadas, mollejas de gorrión, picadillo de ojos de carnero con punta de ajo, macarrones con leche de almendra de albaricoque, holoturias a la marinera, yemas de bambú con salsa, ensaladas de raicillas tiernas con azúcar, etc. Ánades de Singapore, almendras garapiñadas, almendras tostadas, mangos sabrosos, frutos del *Long-yen*, de carne blanca, y de *Lit-chi*, pulpa pálida, castañas, naranjas de Cantón en confitura, formaban el último servicio de aquella comida que duraba desde tres horas antes, acompañada de una gran cantidad de cerveza, *champagne*, vino de *Chao-chigne*, y cuyo arroz indispensable, puesto entre los labios de los convidados por medio de palitos, iba a coronar, a los postres, aquella lista científica de manjares.

Llegó al fin el momento en que las jóvenes sirvientas llevaran, no esos vagos a la moda que contienen un líquido perfumado, sino servilletas empapadas en agua caliente, que cada uno de los convidados se pasó por la cara, con la mayor satisfacción.

Aquél sin embargo, no era más que un entreacto de la comida. Una hora de *farniente* para escuchar los acentos de la música.

En efecto, una compañía de cantantes e instrumentistas entró en el salón. Las cantantes eran lindas jóvenes, de as-

pecto modesto y decente. ¡Pero qué música y qué canto! Maullidos, graznidos sin método y sin tono se elevaban en notas agudas hasta los últimos límites de la percepción del sentido auditivo. En cuanto a los instrumentos, eran violines, cuyas cuerdas se enredaban entre los hilos del arco, guitarras cubiertas de piel de culebra, clarinetes chillones, armónicas que parecían pequeños pianos portátiles que eran dignos del canto y de las cantantes a quienes acompañaban con gran estrépito.

El jefe de aquella orquesta, o mejor dicho, de aquella cencerrada, había presentado al entrar el programa de su repertorio. El anfitrión hizo un gesto que quería decir que tocaran lo que quisieran y los músicos tocaron el *ramillete de las diez flores*, fantasía muy a la moda que gustaba mucho la sociedad elegante.

Después la compañía cantante y ejecutante, bien pagada de antemano, se retiró saludada por muchos bravos, pasando a otras casas en cuyos salones esperaba recoger una cosecha de aplausos.

Los seis convidados se levantaron de sus asientos; pero únicamente para pasar de una mesa a otra, lo cual hicieron no sin grandes ceremonias y cumplimientos de toda especie. En aquella segunda mesa, cada cual encontró delante de sí una tacita con tapadera, adornada del retrato de *Budhidharama*, el célebre monje budista, en pie sobre su balsa tradicional. Cada cual recibió también un puñadito de té y echó en infusión sin azúcar en el agua hirviente que contenía la taza, bebiéndolo casi inmediatamente.

¡Pero qué té! No era de temer que la casa de Gibb-Gibb y compañía que le había vendido, lo hubiese falsificado con la mezcla deshonrosa de hojas extrañas, ni que hubiera sufrido ya otra infusión y no sirviese más que para lavar las alfombras, ni que un preparador poco delicado la hubiera teñido de amarillo por medio de la curcunina, ni de verde por medio del azul de Prusia. Era el té imperial en toda su pureza; eran esas hojitas preciosas semejantes a la misma

flor, esas hojas de la primera recolección del mes de marzo, que raras veces se hace porque mata al árbol a consecuencia de ella, esas hojas en fin que sólo tienen derecho a recoger los niños con las manos cuidadosamente cubiertas de guantes.

Un europeo no habría tenido bastantes interjecciones laudatorias para, celebrar aquella bebida que los seis convidados tomaron a sorbitos, sin extasiarse, porque eran conocedores que ya tenían la costumbre de tomar aquel té.

En efecto, no era la primera vez que podían apreciar las delicadezas de aquel excelente brebaje. Personas de buena sociedad, ricamente vestidas con la *jan-chaol*, ligera camiseta, con el *ma-cual*, túnica corta, y con la *jaol*, larga túnica que se abotonaba al costado; calzados con babuchas amarillas y calcetines calados; vestidos de pantalones de seda, sujetos a la cintura con una faja de borlas; llevando sobre el pecho el escudo de seda bordado de labores finas, en el cinturón el abanico, habían nacido en el mismo país en que el árbol del té da una vez al año su cosecha de hojas odoríferas. Los manjares de aquel banquete, entre los que figuraban nidos de golondrina, holoturias, nervios de ballena y aleta de tiburón, los habían saboreado como merecían por la delicadeza de sus platos. Un extranjero le hubiera admirado; mas para ellos no era cosa sorprendente.

Sin embargo, ninguno esperaba la comunicación que les hizo el anfitrión en el momento de ir a dejar la mesa. Entonces supieron por qué les había convidado aquel día.

Las tazas estaban todavía llenas; y, en el momento de vaciar la suya por la última vez, el indiferente, poniendo los codos sobre la mesa y con la mirada distraída, se expresó en estos términos:

—Amigos míos: oídme sin reír. La suerte está echada; voy a introducir en mi existencia un elemento nuevo que tal vez disipará su monotonía. ¿Será un bien? ¿Será un mal? El porvenir lo dirá. Esta comida, a la cual os he invitado, es mi

banquete de despedida de la vida de soltero. Dentro de quince días estaré casado y...



—Y serás el hombre más dichoso de mundo, exclamó el optimista. Mira; los pronósticos te favorecen.

En efecto, mientras las lámparas chisporroteaban despidiendo pálidos resplandores, las maricas chillaban en los arabescos de las ventanas y las hojillas de té flotaban perpendicularmente en las tazas: otros tantos agüeros felices que no podían engañar. Todos felicitaron a su huésped, el cual recibió los cumplimientos con la más completa frialdad; pero como no había nombrado la persona destinada a desempeñar el papel de elemento nuevo, ninguno tuvo la indiscreción de preguntárselo.

El filósofo no había contribuido con su voz al concierto.

Con los brazos cruzados, los ojos medio cerrados y sonriendo irónicamente, parecía no aprobar ni a los felicitadores, ni al felicitado.

Éste se levantó entonces, le puso la mano en el hombro y, con voz que parecía menos tranquila que de costumbre, le dijo:

—¿Soy, por ventura, demasiado viejo para casarme?

—No.

—¿Demasiado joven?

—Tampoco.

—¿Te parece que hago mal?

—Quizá.

—La persona elegida, y a quien tú conoces, tiene todo lo que necesita para hacerme feliz.

—Lo sé.

—¿Y entonces?

—Eres tú el que no tienes lo que necesitas para serlo. Aburrirse solo en la vida es malo; pero aburrirse en compañía es peor.

—No podré ser nunca feliz.

—No, mientras no hayas conocido la desgracia.

—La desgracia no puede alcanzarme a mí.

—Tanto peor, porque entonces serás incurable.

—¡Éstos filósofos! —exclamó el más joven de los convidados—. No hay que hacerles caso; son máquinas de teorías y a cada momento las están fabricando de toda especie: camelote puro que no vale nada cuando se usa. Cásate, amigo mío, cástate; yo haría otro tanto si no me lo impidiese el juramento que he prestado de no hacerlo. Cásate y, como dicen los poetas, que los dos fénix se te aparezcan siempre tiernamente unidos. Amigos míos, brindo a la felicidad de nuestro huésped.

—Y yo, —dijo el filósofo—, brindo a la próxima intervención de alguna divinidad protectora, que, para hacerle feliz, la haga pasar por la prueba de la desgracia.

Con este brindis bastante extraño, los convidados se levantaron, juntaron los puños como hubieran hecho los pugilistas en el momento de la lucha, y, después de haberlos bajado y subido, sucesivamente inclinando la cabeza, se despidieron unos de otros. Por la descripción del comedor en que se daba este banquete; por la lista de los platos exóticos de que se componía, por el traje de los convidados; por su modo de hablar y tal vez por la singularidad de sus teorías, habrá adivinado el lector que eran chinos, no de esos chinos que parecen arrancados de un biombo o de un vaso de porcelana, sino de esos modernos habitantes del celeste imperio ya europeizados por efecto de sus estudios, de sus viajes y de frecuentes comunicaciones con los hombres civilizados del Occidente.

En efecto, era en un salón de uno de los barcos-flores del río de las Perlas de Cantón donde el rico Kin-Fo, acompañado de su inseparable Wang, el filósofo, acababa de dar de comer a cuatro de los mejores amigos de su juventud, que eran: Pao-Shen, mandarín de cuarta clase y botón azul; In-Pang, rico negociante en sederías de la calle de los Farmacéuticos; Tsin; el epicúreo endurecido, y Hual, el literato.

Esto pasaba el día 27 de la cuarta luna, en primera de las cinco vísperas en que tan poéticamente se distribuyen

las horas de la noche china.